



CIEN AÑOS MÁS DE MERCED EN HERENCIA

RELATO DE UNA PEREGRINACIÓN POR LA IGLESIA DEL CONVENTO LA MERCED (VI)

Rodrigo sostiene que desde allí se aventuró a acercarse al altar como la última estación de su peregrinación por la iglesia conventual de la Hermosona. En las paredes situadas a ambos lados del retablo mayor y sobre dos puertas estaban colocados dos cuadros antiguos uno frente al otro. El de la parte derecha era un retrato de don Juan José de Austria, del que Rodrigo había hecho un trabajo durante su bachiller para la asignatura de Historia. Don Juan José de Austria, hijo bastardo del rey Felipe IV, había sido un importante combatiente hasta el momento de su muerte. Un destacado personaje de la historia de España, pero qué estaba haciendo allí un retrato de aquel hombre, sostiene Rodrigo que se preguntó. En la parte inferior de la pintura estaba la respuesta a su pregunta, que el mismo Rodrigo anotó en su pequeña libreta de notas que nunca faltaba del bolsillo de su camisa: *El Serenísimo Sr. Don Juan de Austria. Gran Prior de san Juan de Castilla y León. Fundador y Patrono de este convento de Herencia. Murió a 17 de septiembre de 1669. De edad es...* lo que sigue Rodrigo no lo pudo leer dada la lejanía de la pintura -de todos es sabido que cuando un personaje popular tiene que decir su edad siempre hay algo que lo dificulta o impide-. Al parecer, pensó Rodrigo mientras contemplaba el cuadro, el personaje había estado a la cabeza de la Orden militar de san Juan con sede en la cercana población de Consuegra, de ahí su presencia en el templo.

El otro cuadro, situado justo en el frente y hacia el que se dirigió Rodrigo, seguido ahora de cerca por las miradas de las dos mujeres que desde los primeros bancos de la iglesia no habían dejado de controlar los pasos del peregrino desde su acceso al altar, era otra pintura antigua, oscura y poco visible a media distancia por lo que Rodrigo, y ante la mirada de las mujeres, determinó entrar directamente en el espacio del altar hasta situarse bajo la pintura. Era un fraile el que se veía con poca nitidez en la obra. Debía tratarse de un mercedario importante dada la ubicación y antigüedad de la obra. La imagen representaba a un fraile sentado en un sillón. En la parte superior derecha se veía una imagen de la Virgen y en el lado opuesto unas letras que debían identificar al personaje en cuestión. Rodrigo sostiene que afinó la vista y pudo leer a duras penas unas letras y unos versos que se dispuso a copiar en su libretilla y que luego identificó con gran dificultad como una espinela, tal vez incompleta y ciertamente mala poéticamente hablando. El escrito determinaba que el personaje del cuadro era fray Juan de la Natividad, por quien se había edificado la *Capilla Mayor* en el año de 1742. Sin duda se trataba de un fraile mercedario descalzo, con seguridad el que autorizó la construcción de la iglesia. La espinela que acompañaba la obra decía: *Tan prudente y sabio obraba / El que ves, que fue algún día, / Si David cuando regía, / Salomón cuando enseñaba; / El fin con que atesoraba, / Su liberalidad indica, / Pues cuando al culto se aplica, / Con obras y con ejemplos / No sólo edifica templos, / También a hombres edifica.*

Rodrigo dejó de copiar los versos en su libreta y se llevó los dedos de la mano a los ojos. El esfuerzo para leer aquellas letras de difícil lectura había sido duro y su vista se resentía. Cerró la libreta y la guardó en el bolsillo de la camisa mientras se volvía para situarse de frente al gran retablo central del altar de la iglesia. Un suspiro proveniente de los primeros bancos en los que estaban las dos mujeres llamó la atención de Rodrigo pero ni tan siquiera tuvo la intención de desviar la mirada del retablo para verlas. Aquel nuevo escenario sagrado exigía toda su atención y descripción rigurosa.

El retablo principal de la iglesia estaba situado detrás del altar y era de madera oscura al estilo renacentista de la posguerra, como casi todo el conjunto artístico del lugar. Estaba presidido por lo que hasta pocos años atrás había sido altar del presbiterio. Era un altar dorado y con el escudo de la Orden de la Merced en el centro con los colores amarillo y rojo de las barras que recordaban el reino de Aragón y la cruz blanca de la catedral de Barcelona sobre fondo rojo. Encabezaba el blasón la corona del rey Jaime I -remontándonos al siglo XIII y a los primeros años de la fundación de la Orden de Santa María de la Merced para la redención de los cristianos cautivos por los musulmanes y que se encontraban en peligro de perder su fe- y de eso, sostiene Rodrigo que sabía bastante. Sobre aquel altar de fondo estaba el sagrario. Un magnífico trabajo artístico coronado por cuatro ángeles sobre capiteles corintios tallados con gran precisión en plata blanca como si de un trabajo de orfebrería china se tratase. A ambos lados de la parte inferior del retablo, pero situados a media altura, había dos relieves que llamaban la atención del visitante por sus colores llamativos. El de la izquierda representaba a la Virgen de la Merced entregando el escapulario y escudo del hábito blanco de los mercedarios a su fundador san Pedro Nolasco. El de la derecha representaba al mercedario rodeado de cautivos entre cadenas a los que el fraile llevaba la libertad.

P. Jaime Vázquez, mercedario.

